

LA CAPACIDAD «TRANSFORMADORA» DEL TRABAJO De barro a colirio

JOSEP M. RIERA MUNNÉ

En la misa de acción de gracias por la canonización de san Josemaría Escrivá de Balaguer, el prelado del Opus Dei se expresó así: «El trabajo humano bien terminado se ha hecho colirio, para descubrir a Dios en todas las circunstancias de la vida, en todas las cosas. Y ha ocurrido precisamente en nuestro tiempo, cuando el materialismo se empeña en convertir nuestro trabajo en barro que ciega a los hombres y les impide mirar a Dios»¹.

Sólo Jesucristo ha sido capaz de transformar el barro en colirio para que los ojos vean (cfr. Jn 9, 6). Es un signo más de cómo Dios, con la Encarnación, obra de manera magnífica a través de una Humanidad limitada pero santa, perfecta pero de barro (cfr. Gén 2, 7). «Y el Verbo se hizo carne», dirá san Juan en el prólogo de su evangelio (Jn 1, 14a). En la carta a los Colosenses, san Pablo lo expresará con toda nitidez y profundidad: «Porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente» (2, 9), «para hacer a todos perfectos en Cristo» (1, 28b). La limitación se hace perfección; la prosa se hace verso²; la palabra, canto; lo ordinario, santo: «hay *un algo*, santo, divino, escondido en las situaciones más comunes...»³. «Insisto: en la sencillez de tu labor ordinaria, en los detalles monótonos de cada día, has de descubrir el secreto —para tantos escondido— de la grandeza y de la novedad: el Amor»⁴.

Esta es la grandeza de la redención: el obrar humano, se hace obra de Dios, porque Dios asume todas las realidades creadas y les da «vida nueva» en Cristo (cfr. 2Cor 5, 17).

1. Mons. Javier ECHEVARRÍA, Prelado del Opus Dei, *Homilía en la Misa de acción de gracias por la canonización de San Josemaría Escrivá*, Roma, Plaza de San Pedro, 7 de octubre de 2002.

2. Cfr. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp, ³ Madrid 1969, n. 116.

3. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, cit., n. 114.

4. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino-Surco-Forja*, Rialp, Madrid 1991, *Surco*, n. 489.

Llama poderosamente la atención cómo, a lo largo de la historia dos veces milenaria después de Cristo, el trabajo, fuertemente afectado por la maldición divina (cfr. Gén 3, 17-19), sin haber perdido su originaria bondad⁵, ha sido ocasión y motivo de buena parte de los sinsabores y de las penalidades de los seres humanos, manifestándose como verdadero *barro* para los ojos del corazón y para la justicia y la paz entre las personas y en la sociedad.

El trabajo humano, siendo una realidad principal de humanización, se ha manifestado, en muchas ocasiones, con fuertes lacras deshumanizantes, en especial como el cauce de dominio y sometimiento de unos hombres por otros, y ocasión de graves abusos y penalidades. Muy graves han sido las injusticias contra la dignidad de la persona, perpetradas desde las relaciones personales de dependencia nacidas del trabajo. Su organización social, vehículo del poder muchas veces, ha propiciado casi siempre una «división del trabajo», que se ha manifestado como cauce preferente de una dialéctica social de alienación humana y de la «lucha de clases», como supuesto motor de un determinismo histórico fuertemente pesimista, que ha ocasionado los mayores horrores y penalidades conocidos en el recién terminado siglo XX, marcado por aquel sucedáneo de la religión en la vida humana que han sido las ideologías.

Pero Dios, que creó el ser humano, y lo puso en el mundo «*ut operaretur*» (Gén 2, 15), para que lo trabajara y guardara, para que lo transformara con su trabajo para su bien y goce (cfr. 1Tim 6, 17b), hizo de la actividad humana, del trabajo, el principal cauce de perfeccionamiento personal y de bienestar social.

Todo trabajo, toda ocupación intelectual o manual, personal o colectivamente organizada, que supone un servicio más o menos directo para el bien de los demás y de la sociedad, es camino y medio principal de perfeccionamiento para el ser humano que lo realiza o colabora en su realización, en la medida en que se manifiesta como cauce de donación, porque «el hombre, única criatura terrestre a quien Dios ha amado por sí misma, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»⁶. Por eso, dirá lapidariamente san Josemaría Escrivá, en frase acertada y profunda: «el trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor»⁷.

El trabajo «nace del amor», porque es una providencia amorosa de Dios para los hombres, que al crearnos a su «imagen y semejanza» puso

5. Cfr. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino-Surco-Forja*, cit., *Surco*, n. 482.

6. CONCILIO VATICANO II, Const. Past. *Gaudium et spes*, Roma, 7 de diciembre de 1965, n. 24 *in fine*.

7. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, *Homilias*, Rialp, Madrid 1974, n. 48.

nuestra plenitud en la entrega generosa a los demás, que es reflejo del principio mismo de la plenitud de la vida trinitaria tal como Jesucristo nos la ha revelado (cfr. por ejemplo, Jn 17, 10.21-23; 1Jn 4, 16b). Ser y hacerse don generoso, especialmente a través del trabajo.

El trabajo, además, «manifiesta el amor», porque el amor se hace patente en la alteridad, y el trabajo se debe hacer siempre como servicio a los demás. Esto es lo que le otorga el valor específico que tiene, también el valor útil.

Pero, finalmente, el trabajo «se ordena al amor», porque debe buscar siempre las condiciones que hacen posible y facilitan que brote y se difunda el amor verdadero. Por eso el trabajo es factor fundamental de humanización del mundo —lo transforma en un medio más humano—, intentando las condiciones mejores para que sea un *habitat*, un verdadero hogar: el mejor entorno para forjarse en humanidad y para la solidaridad humana. El trabajo también es vehículo de los mejores aspectos de la cultura humana y cauce de sostenimiento personal y familiar.

Desde el punto de vista de la antropología humana y sobrenatural, considero que son tres los aspectos del trabajo que permiten la conversión el *barro* en *colirio*.

1. El trabajo, ante todo, es «dignidad del hombre», el principal camino de su realización y perfeccionamiento personal, en la medida que lo sabe comprender como cauce del don propio a los demás: darse, darse al servicio de los demás —le gustaba repetir a san Josemaría— es de tal eficacia que Dios lo premia con una humildad llena de alegría⁸, o sea, con la condición —la humildad— que es cauce del perfeccionamiento humano y, al propiciar el crecimiento en humanidad, revierte en alegría.

2. Pero el trabajo, además, «es aquella actividad que tiene como objeto humanizar el mundo: convertir el mundo en el *hogar* de los hijos de los hombres»⁹. Esta es su vertiente de servicio a los demás, y como gustaba decir san Josemaría, «per servire, servire», para servir, dejarse de cuentos y ¡servir!¹⁰.

3. Mas, «al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (Gál 4, 4ss.). Y lo hizo en el ámbito de una familia: el «hogar de Nazaret», para enseñarnos que los hijos de Dios debemos, a imitación de Cristo, hacer de

8. Cfr. por ejemplo, J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino-Surso-Forja*, cit. *Forja*, 591.

9. José Luis GONZÁLEZ-ALIÓ, participante habitual en los Simposios de Teología, fallecido. Artículo, publicado en internet: *¿Qué es santificar el trabajo?*

10. Cfr. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 50.

nuestro trabajo una ofrenda agradable a Dios por medio de Jesucristo (cfr. 1Pet 2, 5b). Santificar el trabajo es hacerlo de tal modo que tenga valor de oblación a Dios, con capacidad para transformar el mundo en el *hogar* de los hijos de Dios. Como dijo el primer sucesor de Pedro que, después de casi dos mil años, fue a Nazaret, Pablo VI (1964)¹¹ y repitió en la homilía de Nazaret Juan Pablo II (2000): «Nazaret es escuela del Evangelio». Es como el contrapunto silencioso que permite entender en profundidad los maravillosos sonidos de la armonía íntima del Evangelio, donde Dios se revela en Jesucristo.

Trabajo: don, servicio, ofrenda. Aquí está el recorrido que hace posible transformar el *barro* en *colirio*.

1. EL TRABAJO, DON DE SÍ

Frente al trabajo visto como cauce para hacer de la propia vida un don generoso, como medio de perfeccionamiento, está la visión histórica, muchas veces pesimista, del trabajo como *carga*, como imposición, como fatiga, como sometimiento. De ahí su probable etimología latina: «*tripalium*», instrumento de tortura.

En la antigüedad, la dura ley del trabajo es probablemente una de las causas fundamentales de la implantación y permanencia de la esclavitud en sus diversas formas. El ciudadano libre será, precisamente, el que no se verá obligado a la coacción y al sometimiento del trabajo. El esclavo es el que trabaja sometido para bien de su amo, a favor de quien ve alienada su libertad, hasta la pérdida legal de la dignidad de persona, llegando a tener una consideración de cosa, de posesión, sujeta a uso y abuso.

La expansión del cristianismo, claramente contrario por principio a la esclavitud, fue modelando unas instituciones sociales más benévolas, pasando poco a poco de la esclavitud a una situación de servidumbre más o menos mitigada.

Sólo un desarrollo cultural muy fuerte de los valores cristianos, mediante la progresiva inculturación de la fe, hará que en la vida social las tensiones del trabajo tengan soluciones dignas para las personas humanas, porque «una fe que no se hace cultura, es una fe que no está plenamente acogida, no está enteramente pensada, ni fielmente vivida»¹².

11. Cfr. PABLO VI, *Alocución en Nazaret*, 5 de enero de 1964, que la Iglesia ha incluido significativamente como Lectura propia en la Liturgia de las Horas de la Fiesta de la Sagrada Familia.

12. JUAN PABLO II, *Discurso*, 16 de enero de 1982; cfr. JUAN XXIII, Enc. *Pacem in terris*, 11 de abril de 1963, nn. 151-153: «Coherencia entre la fe y la conducta».

El deber y el derecho de trabajar son esenciales a la vida humana, porque el hombre, como ser racional, tiene una inclinación natural a humanizar las cosas, perfeccionándose en la medida que lo realiza. El hombre no pierde la libertad, no se aliena, en la acción de trabajar, porque se trata de una actividad específicamente humana. Con el trabajo, no sólo domina los medios e instrumentos, sino que trasciende la misma acción de trabajar.

La subjetividad del trabajo es el rasgo antropológico más importante de la acción de trabajar. El trabajo, como acción de la persona humana, es «una dimensión fundamental de la existencia humana»¹³, de la que el hombre es «sujeto y autor»¹⁴, y se presenta a la experiencia bajo los siguientes aspectos:

- a) Es una acción específica y privativa del hombre, porque sólo el hombre es capaz de trabajar en sentido propio: el sujeto propio del trabajo es el hombre¹⁵;
- b) Es una actividad «transitiva» que «empezando en el sujeto humano, está dirigida hacia un objeto externo, supone un dominio específico del hombre sobre la “tierra” y a la vez confirma y desarrolla este dominio»¹⁶;
- c) Es una actividad digna del hombre, por la que «se realiza a sí mismo como hombre»¹⁷. Por eso no se mide por el rendimiento, sino por la dignidad del sujeto que la realiza;
- d) Es una actividad útil, porque con el trabajo «transforma la naturaleza, adaptándola a las propias necesidades»¹⁸;
- e) Es acción personal, porque «en él participa el hombre entero, su cuerpo y su espíritu»¹⁹, en cualquier trabajo, intelectual o manual;
- f) Es acción «creadora», porque «en el comienzo mismo del trabajo humano se encuentra el misterio de la creación»²⁰, y los hombres «con razón pueden pensar que con su trabajo desarrollan la obra del Creador»²¹;
- g) Finalmente, es una acción con dimensión espiritual, y hace falta que el profundo contenido de «esta espiritualidad cristiana del trabajo llegue a ser patrimonio común de todos»²².

El núcleo de estas consideraciones está en que el proceso «transitivo» de la acción de trabajar, se realiza mediante un proceso «inma-

13. JUAN PABLO II, Enc. *Laborem exercens*, 14 de septiembre de 1981, n. 1b.

14. *Ibid.*, cit., n. 7c.

15. Cfr. *ibid.*, cit., n. 5d.

16. *Ibid.*, cit., n. 4c.

17. *Ibid.*, cit., n. 9c.

18. *Ibid.*, cit., n. 9c.

19. *Ibid.*, cit., n. 24a.

20. *Ibid.*, cit., n. 12c.

21. *Ibid.*, cit., n. 25d.

22. *Ibid.*, cit., n. 25e.

nente» al mismo hombre que trabaja, que precede, acompaña y sigue a la acción transitiva, de apariencia meramente externa. El sujeto que trabaja «trasciende» y también «integra» la misma acción del trabajo que realiza. La «trasciende» porque el que trabaja nunca es algo, sino alguien a quien corresponde el dominio de la acción o proceso del trabajo que realiza. Pero también «integra» en unidad los diversos elementos de la acción del trabajo, porque el proceso tiene su unidad real en la persona o grupo de personas que lo llevan a cabo. Por eso, la dimensión ética del trabajo, requiere que el hombre que trabaja se manifieste en toda la acción de trabajar como el que «domina»²³.

Los seres humanos somos capaces de trazar una distinción clara entre aquello que es acción nuestra, y aquello que simplemente *tiene lugar o sucede en nosotros*. La conciencia de ser sujeto sustantivo de la acción de trabajar, penetra hasta lo más profundo de la relación procesual transitiva persona-acción, y no sólo hace experimentar la acción transeúnte como propia, sino que *permite experimentar la acción del trabajo como proceso inmanente: medio por el que la persona misma se «modela» de manera específica humana en el trabajo*²⁴.

Este carácter subjetivo, propio de la dignidad del trabajo como acto de la persona humana, requiere —ya lo hemos dicho— las *dos condiciones de la autodeterminación en el trabajo: trascendencia* respecto al proceso transitivo del trabajo que se realiza; *integración* de los diversos aspectos y factores del proceso por la persona que trabaja.

Estas condiciones, propias de quien conserva el «dominio» en el trabajo, son requisitos para que el trabajo humano pueda ser realmente un don, porque el «dominio de sí», y de la propia acción por tanto, es requerido para el «don de sí». Para hacer del propio trabajo un don generoso, es preciso, dirá de forma insistente Juan Pablo II, hacer que el mismo trabajo sea realmente «como algo propio» del sujeto que lo realiza: hay que hacer lo posible para que todo ser humano, en su trabajo, pueda conservar la conciencia de trabajar en «algo propio», al menos como corresponsable o coartífice, junto con los demás que con él se afanan y trabajan²⁵.

23. Cfr. *ibid.*, cit., n. 6c.

24. Cfr. K. WOJTYLA, *Persona y acción*, BAC, Madrid 1982 (*Persona e atto*, Ed. Vaticana, 1980). Esta obra contiene los planteamientos según los que se expone el tema del trabajo como acción humana en la encíclica *Laborem exercens*. Es fundamental, por tanto, para la comprensión más profunda de la encíclica. Las cuatro partes de «*Persona y acción*», tienen títulos muy significativos: I. Conciencia y operatividad; II. Trascendencia de la persona en el acto; III. Integración de la persona en el acto; IV. Participación.

25. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Laborem exercens*, cit., cap. III, *in fine*.

2. EL TRABAJO, PARA HUMANIZAR EL MUNDO

Pero el trabajo, como acción transitiva tiene una finalidad objetiva en si mismo: el bien de los demás, la humanización de las condiciones de vida, transformando la realidad circundante de austera en amable, en adecuada para el *habitat* humano, en hogar de los hombres. La naturaleza está como preparada o dispuesta de tal manera que el hombre, aplicando su inteligencia, la pueda transformar en adecuada para la vida humana. Toda la ciencia y la técnica están al servicio de este logro, que llamamos progreso social, económico y cultural, y que tiene sus hitos máximos en las civilizaciones históricas. Todo trabajo tiene, como resultado, un «valor añadido» real, que no siempre recibe valoración económica.

Ante todo, existe una capacidad de adecuación de la realidad natural, de las cosas tal como se encuentran en la naturaleza, para que el hombre las pueda utilizar, adaptándolas a su servicio. Las cosas podrían ser inadecuadas a la vida humana: el universo circundante nos da muchas muestras de que así podría ser, mostrándonos otros «mundos» en los que la vida humana sería prácticamente imposible o tremendamente difícil. La naturaleza se manifiesta así como un gran don del Creador, que ha preparado las cosas, con una providencia y disposición tal, para que en su evolución lleguen a tener condiciones adecuadas para la vida humana, con unos equilibrios que son realmente maravillosos. La evolución no es contraria a la afirmación de la creación como don, sino que es su manera de desarrollarse.

Por otra parte, la naturaleza nos enseña que nuestra cooperación a transformarla, mediante el trabajo, debe tener el carácter de un don, para servir a los demás, tal como lo es ella misma para todos. Previamente a toda distribución para una justa propiedad individual de los bienes, que debe existir para garantizar la libertad personal y familiar, es necesario reconocer la «destinación universal de los bienes», como dones que son de la Providencia para todos. En este sentido, toda actividad que pueda llamarse propiamente trabajo, es una actividad de servicio a los demás y a la sociedad, que hace posible la concreción de esta «destinación universal» primera de las cosas. Este es un principio ampliamente defendido y especificado como fundamental en la doctrina social de la Iglesia, aplicación del Evangelio, cuyo respeto es fundamental para la justicia social en este mundo.

Pero además, las cosas están como sin terminar, preparadas para que el trabajo humano las ultime en su adecuación a la vida de los hombres. Esto hace del trabajo humano una cooperación a la creación en su finalidad. El que trabaja es colaborador y copartícipe del plan del Creador para todos los hombres.

Es una de las enseñanzas centrales del Evangelio de Jesucristo: el carácter *ministerial*, de servicio, del trabajo humano. «Exemplum enim dedi vobis» (Jn 13, 15): «Os he dado ejemplo», dirá Jesucristo en un momento solemne, haciendo de esta ejemplaridad suya en la voluntad de servir el testamento de toda su vida. Pero Jesucristo no enseña un mero «mandamiento» o precepto de interés para tener en cuenta, ni una alternativa entre otras, sino el íntimo misterio del designio de Dios, Creador y Padre, inscrito en el mismo ser humano, en cada persona. El olvido de sí, haciendo de la propia vida un don generoso para los demás, es el camino único que realiza a la persona en su humanidad. Eso el Señor lo dirá de muchas maneras: «Mas Jesús los llamó y dijo: “Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos”» (Mt 20, 25-28; cfr. Mt 23, 11; Mc 9, 33-35; Lc 22, 27; etc.).

No se trata meramente de servir, sino de querer servir, de amar a los demás sirviendo, porque la única manera de relacionarse con los demás haciendo justicia a la dignidad de personas que tienen, es queriéndoles. Este carácter *ministerial* del trabajo, no se puede vivir realmente sin hacer de la propia actividad, un don de sí para los demás. En contra de este sentido del trabajo, por tanto, está toda actitud que carece de una disposición de verdadero servicio, que afronta el trabajo con mentalidad servil o evasiva. Se vive, en cambio, este carácter *ministerial*, cuando se tiene una actitud de dominio de sí para el don de sí, incluso bajo la situación peor de dependencia, de servidumbre, de esclavitud. Así lo enseña la predicación apostólica, en una sociedad en que la esclavitud afectaba a un tanto por ciento elevado de las personas (cfr. 1Tim 6, 1ss.; Filemón; etc.).

No hablamos de actitudes heroicas excepcionales, sino de una realidad profundamente humana, radicada en el comportamiento normal de muchas personas en el mundo: «¿Cuántas madres has conocido tú como protagonistas de un acto heroico, extraordinario? Pocas, muy pocas. Y, sin embargo, madres heroicas, verdaderamente heroicas, que no aparecen como figuras de nada espectacular, que nunca serán noticia —como se dice—, tú y yo conocemos muchas: viven negándose a toda hora, recortando con alegría sus propios gustos y aficiones, su tiempo, sus posibilidades de afirmación o de éxito, para alfombrar de felicidad los días de sus hijos»²⁶. Y así, tantos hombres y

26. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios, Homilias*, Rialp, Madrid 1978, n. 134b.

mujeres de todas las profesiones honestas y en todas las condiciones de vida, que saben afrontar con gran dignidad personal, forjando las familias donde crecen las nuevas generaciones.

3. EL TRABAJO, *OPUS DEI*, *OPERATIO DEI*

«Pues bien: os recuerdo (...) que todo eso no es ajeno a los planes divinos. Vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina. Ésta es la razón por la cual os tenéis que santificar, contribuyendo al mismo tiempo a la santificación de los demás, de vuestros iguales, precisamente santificando vuestro trabajo y vuestro ambiente: esa profesión u oficio que llena vuestros días, que da fisonomía peculiar a vuestra personalidad humana, que es vuestra manera de estar en el mundo; ese hogar, esa familia vuestra; y esa nación, en la que habéis nacido y a la que amáis»²⁷.

En la raíz misma de esta vocación cristiana, en la entraña del Bautismo, está la participación del Sacerdocio de Cristo, que es el «sacerdocio común de los fieles». Se diferencia del «sacerdocio ministerial», no sólo de grado sino esencialmente²⁸. Es el fundamento para la edificación de la Familia de los hijos de Dios que es la Iglesia, fin de todo el proyecto divino.

Esta participación bautismal de todos los cristianos en el sacerdocio de Cristo es el fundamento de su «alma sacerdotal»²⁹: «Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a la luz admirable (cfr. 1 Pe 2, 4-10)»³⁰.

San Josemaría Escrivá enseñó desde 1928 que el trabajo diario, además de su carácter de servicio, debía vivirse como ofrenda a Dios, porque todos los hombres y mujeres «hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, (...) para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios»³¹. Resulta-

27. ID., *Es Cristo que pasa*, cit., n. 46.

28. CONCILIO VATICANO II, Const. *Dog. Lumen gentium*, 21 de noviembre de 1964, n. 10b.

29. Manera de decir muy corriente y expresiva de san Josemaría Escrivá de Balaguer, para enseñar las consecuencias que tiene en la dinámica de la vida cristiana el «sacerdocio común» bautismal.

30. CONCILIO VATICANO II, Const. *Dog. Lumen gentium*, cit., n. 10a.

31. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 96. (Texto de homilía pronunciada el 15 de abril de 1960). Como es tema central en las enseñanzas del autor, las citas parecidas, también anteriores, son muy abundantes.

ta significativa la novedad de este mensaje y el notorio olvido de este tema en la teología católica. En una de las obras más importantes de recopilación teológica del siglo xx, el *Dictionnaire de Théologie Catholique*, la voz *Trabajo (travail)*, aparece por primera vez en la actualización de 1971, algunos años después de concluido el Concilio Vaticano II, y empieza con estas palabras, llenas de asombro: «La ausencia de este artículo en el D.T.C. es el síntoma de una carencia de la teología»³².

Es necesario que decidamos ofrecer nuestra existencia, con todas nuestras obras, en especial nuestro trabajo específico, al que dedicamos nuestras jornadas, con sentido sacerdotal; que, como dice san Gregorio Nazianceno, «ofrezcamos a Dios todos los días nuestro ser con todas nuestras acciones»³³.

«Porque el sacerdocio ministerial, en virtud de la sagrada potestad que posee, (...) efectúa el sacrificio eucarístico ofreciéndolo a Dios en nombre de todo el pueblo: los fieles, en cambio, en virtud del sacerdocio real, participan en la oblación de la Eucaristía, en la oración y acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y caridad operante»³⁴. Ahí, en la ofrenda eucarística, adquieren las obras de los hombres valor divino, unidas al Sacrificio redentor de Cristo. «Si actúas —vives y trabajas— cara a Dios, por razones de amor y de servicio, con alma sacerdotal, aunque no seas sacerdote, toda tu acción cobra un genuino sentido sobrenatural, que mantiene unida tu vida entera a la fuente de todas las gracias»³⁵. Y esta ofrenda es posible porque Cristo, en el altar, al renovar el Sacrificio redentor, se ofrece con todos los miembros de su Cuerpo místico»³⁶.

En la misa de San Josemaría Escrivá, el «santo de la vida ordinaria»³⁷, ha quedado como texto del Evangelio propio el mismo que ya estuvo presente en su beatificación: la pesca milagrosa del capítulo quinto de san Lucas. El mismo lago, los mismos peces, las mismas barcas, los mismos pescadores y las mismas redes, pero dos pescas muy distintas, sobre todo por su resultado. La pesca de la noche sin fruto, dejó en el ánimo de Pedro y sus compañeros, el lógico cansancio y la tristeza. La segunda pesca, bajo el mandato del Señor, de una eficacia

32. DICTIONNAIRE DE THÉOLOGIE CATHOLIQUE, Fascicle 17, STO-VAG, 1971, col. 4216: «L'absence d'un tel article dans le D.T.C. est le syntôme d'une carence de la théologie».

33. SAN GREGORIO NAZIANCENO, *Oratio* 45, 23.

34. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. Dog. *Lumen gentium*, cit., n. 10 *in fine*.

35. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino-Surco-Forja*, cit., *Forja*, n. 369.

36. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. Dog. *Lumen gentium*, cit., nn. 10 y 34.

37. JUAN PABLO II, *Discurso*, 7 de octubre de 2002, Audiencia Canonización SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Plaza de San Pedro.

increíble, en contra de toda previsión humana, dejó en el ánimo de Pedro el estupor ante las «obras de Dios», que llevó a Pedro a decir: «apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (Lc 5, 8b). Y oyó como el Maestro le decía: «No temas. Desde ahora serán hombres los que pescarás» (v. 10b).

El *barro*, el trabajo humano tantas veces lleno de sinsabores e ineficacia, por la obra redentora de Cristo, por su mandato, se ha hecho *colirio* para abrir los ojos: medio de santificación y de apostolado. Este mismo argumento ha seguido el papa Juan Pablo II en su Carta Apostólica sobre el nuevo milenio que comienza: «Hagamos, pues, la experiencia de los discípulos en el episodio evangélico de la pesca milagrosa: “Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada” (Lc 5, 5). Este es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios, para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza: *¡Duc in altum!* En aquella ocasión, fue Pedro quien habló con fe: “en tu palabra, echaré las redes” (*ibid.*). Permitidle al Sucesor de Pedro que, en el comienzo de este milenio, invite a toda la Iglesia a este acto de fe, que se expresa en un renovado compromiso de oración»³⁸. En hacer del propio trabajo oración, ofrenda agradable a Dios, por Jesucristo, con valor redentor.

San Josemaría enseñará de una forma sencilla cómo convertir el *barro* en *colirio*, para que lleguemos a conseguirlo en nuestra vida ordinaria: «pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo»³⁹. Significa que no basta el trabajo realizado con competencia y calidad humana. Además, debe ser vivido desde la interna condición cristiana del sujeto que trabaja, y esto debe manifestarse en la motivación «sobrenatural» del mismo trabajo. Y así, «el trabajo profesional ordinario, hecho con calidad humana y sentido sobrenatural, es —para la gente corriente que creía no tener vocación— parte integrante de la vocación divina»⁴⁰, que es la única vocación suprema del hombre⁴¹.

38. JUAN PABLO II, Carta Apost. *Novo millennio ineunte*, 6 de enero de 2001, n. 38 *in fine*.

39. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino-Surso-Forja*, cit., *Camino*, n. 359.

40. Cfr. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino, edición crítico-histórica*, preparada por P. Rodríguez Rialp, Madrid 2002, p. 521.

41. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. Past. *Gaudium et spes*, cit., n. 22.